www.loqueleo.com/co

Los mundos distópicos de Camilo Chang

© Del texto, 2021: Alejandra Jaramillo
© De esta edición:
2022, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono +57 1 7057777
Bogotá – Colombia
www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7520-35-6

Impreso en Colombia
Impreso por Nomos Impresores

Primera edición: mayo de 2022

Dirección de arte de la colección:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Arte de cubierta:
Liliana Bedoya
Diseño de cubierta:
Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los mundos distópicos de Camilo Chang

Alejandra Jaramillo Morales

loqueleo

A Marcelo Montes, primer lector de este libro,
y su familia, con todo mi amor.

A Luz María Gómez, que me compartió

su idea de la incertidumbre.

A Francisco Montaña, por la amistad.

A Libertad y Matías, que me enseñan a vivir.

A Gernot y Benni, por hacernos amar Berlín.

La decisión está tomada. Lo he pensado una y otra vez, he calculado todas las salidas, he imaginado todos los detalles. Me voy. ¿Qué opciones tiene un niño? ¿Un adolescente? ¿Cuántas opciones tiene un ser dependiente? ¿Somos simples aprendices de un mundo inventado por otros?

El juego ha sido la salvación. Allí he descubierto la trampa de la vida, las inconsistencias, eso que es y no es: ser en el mundo. Allí vi los caminos, vi cómo se iban abriendo nuevas posibilidades y cómo se cerraban hacia un único y definitivo final.

12 de marzo de 2020.

La pandemia: en estado de locura

—Nos van a encerrar —dijo mamá cuando regresó del trabajo.

Del virus ya veníamos oyendo muchas historias. Que nació en China, que esos chinos son unos duros y construyeron hospitales inmensos en pocas semanas para atender la epidemia. Después Italia, sí, un país europeo, y eso no era suficiente porque vino España y Francia y Alemania. Ya los habían encerrado por allá. La gente había tenido que quedarse en las casas esperando, pidiendo permiso para salir. Increíble. Ellos, que se creen dueños del mundo, paralizados. Pero la verdad es que toda esa ola de contagios y de decisiones en Asia y Europa no parecía tener que ver con nosotros. O por lo menos a mí me parecía que ese virus no podía llegar tan lejos. Era simplemente una pataleta de ricos, de esos que tienen tiempo para regodearse en las enfermedades o en las dificultades. Pero ¿Colombia? ¿Cómo podía detenerse este país?

Mi hermana debía presentar las pruebas Pre Saber ese domingo. El 15 de marzo. Yo me iría ese mismo domingo.

No dejaría carta, no dejaría trazas. Solo mi cuerpo, un cascarón vacío. Mi cuerpo como una campana donde resonaría la frase de Lucía: "¿Cómo puede morir lo que ya está muerto?". Pues porque siempre morimos, le respondería mi cuerpo. Ya no me preocupaba por nadie. La fantasía tonta que me hacía ver a mi mamá, a mi papá, a mi hermana o a mi abuela encontrándome, esa sensación de vacío en el estómago ya no pasaba por mi cabeza. De tanto pensarla, perdió la fuerza. Ya no me producía el más mínimo temblor. Podía seguir con mis planes. Pero ese día, ese viernes, algo estaba cambiando. Ni mi hermana presentaría las pruebas Pre Saber, ni yo me iría el domingo. Los cambios que se vinieron me mantuvieron alerta, expectante, posponiendo por unos días la decisión final.

"La decisión final". Una frase que a lo largo de la historia ha entrañado muerte. Yo ya había tomado la decisión de morir. Cada vez que entraba a mi cuarto, en las horas siguientes de ese primer día del delirio pandémico, y de los días siguientes, abría el computador y el ícono de www.huracan.com titilaba. Me llamaba. Ese juego que lo envolvía a uno hasta arrastrarlo como si un viento brutal se hiciera dueño de la vida. Algunas veces lo abrí. "Has tomado la decisión", me insistía, y yo sabía que así era, que no había camino de regreso, pero no podía menos que esperar. Cerraba el computador con una suavidad de disculpa. Perdóname, querido huracán, perdóname por esta curiosidad que me hace posponer por unos días los planes.

Yo estaba tan asombrado con todo lo que estaba sucediendo que no podía abandonar la nave todavía. No es que quisiera remar para salvarla, ni que me preocupara el destino de los demás pasajeros o tripulantes. Nada de eso. Era solo ganas de ver. Ya pasarían pronto esas ganas, ya mi vida seguiría su curso. ¿Paradójico? Mi vida seguiría su curso a no ser mi vida. Y ya.

—Ya sé que parezco loca, mamá, pero por favor no viaje este fin de semana —oí a mamá decirle a la abuela.

Ese dato lo había olvidado. Mi abuela venía a Bogotá a acompañar a mi hermana en su gran día. Mi abuela venía y yo me iba. No lo había pensado así. Tal vez no era el mejor regalo para mi abuela, que había sido siempre la mujer que más me había querido. Así, con la injusticia de aceptar que yo era su favorito. Con la rabia de mi mamá por oírselo decir. ¿La estaba desbancando? La conversación de mi mamá y la abuela me parecía todo menos real. Era un diálogo de otro mundo, de otro tiempo. De un momento a otro estábamos entrando en otra realidad. Yo me sentía absurdo al ver que mi mamá le explicaba a la abuela que la siguiente semana seguro no podría regresar a Manizales, que el abuelo se quedaría solo allá, en el encierro. Porque, según mi mamá, las fronteras de los países y las carreteras entre las ciudades iban a cerrarse, no iba a haber aviones y además nos pondrían toque de queda o algo por el estilo, para que nadie saliera.

—¿O quiere dejar a papá solo indefinidamente? —insistió mi mamá.

La abuela colgó con mamá y me llamó a mí. Yo soy el menor de la familia, pero, como ya lo dije, para mi abuela soy como Dios. Le dije que mi mamá estaba loca, que era un absurdo todo lo que estaba diciendo, que la tasa de mortalidad de ese virus era pequeñísima y que no había peligro. "Mi mamá", le aseguré, "siempre está metida en ideas conspiratorias, abuela, no le creas, cómo vas a dejar a tu nieta sola en el día del gran examen". Pero mientras yo decía todas esas palabras, el día continuaba y las señales se hacían cada vez más rotundas.

La tarde de ese viernes fue como un gran pastel que se corta en tajadas muy finas. El tiempo pasaba lento y las noticias llegaban una tras otra, y cada vez eran más sorprendentes. Me senté en la sala a oír las conversaciones de mi mamá. Me gustó la idea de que se estaba convirtiendo en una delirante, como una cantante de ópera con celular. Con la abuela hablaron por lo menos siete veces. Mi mamá seguía convenciéndola mientras yo la contradecía. Mi mamá llamó a mi hermana muchas veces, había salido del colegio a casa de una amiga y no le contestaba. Ella quería tenerla ya en casa. Estaba tan desbordada que parecía que fuera ella la presidenta del mundo decidiendo el destino final del planeta.

"Te vienes ya para acá", le dijo a mi hermana. Por supuesto no tengo que haber oído la conversación del otro lado para saber que mi hermana, Catalina, la grande, la había puesto en su sitio. Cata también supo de inmediato que mi mamá estaba exagerando y no le hizo caso de regresarse. Mientras tanto mi mamá seguía hablando

con cada uno de sus pacientes. Uno a uno. Porque en la universidad, donde ella era psicóloga de los empleados, los mandaron a trabajar desde casa. Ese era el lío con mi mamá, que en el trabajo le habían hecho creer toda esa sarta de tonterías. Uno a uno les explicó que la situación se estaba complicando y que desde la semana siguiente tendrían que hacer la consulta de forma virtual, que las fronteras se cerrarían y que nadie podría moverse por el país. Y uno a uno, me imagino yo, habrá sentido miedo de que su terapeuta se estuviera volviendo loca. ¿Qué podría ser más terrorífico?

Mi papá tampoco aparecía. Desde que se separaron mi mamá intentaba no hablar con él, y por eso cuando ella tenía alguna necesidad urgente y se dignaba a llamarlo, él no le contestaba. Era la manera de papá de mostrar fuerza de voluntad, o de darse dignidad. Y a ella le gustaba quejarse en voz alta, aunque todos sus colegas le hubieran dicho desde el comienzo de esa nueva etapa, "la separación", que no debía hablar de mi papá frente a nosotros.

—Márcale tú, a ti sí te contesta —me exigió. Y la verdad es que en momentos así prefiero hacer caso a sus bobadas.

La llamada a papá me dejó más preocupado. Ahora él también estaba delirando. Me dijo que no podía hablar mucho, que se había salido de una reunión para contestarme y debía regresar. Que en el hospital donde él trabaja temían tener ya un caso de coronavirus y que este país se iba a paralizar. Paralizar, como si fuera el cuerpo

de un paciente que papá estuviera examinando en una camilla. El país, paciente clínico. O mejor, el planeta. Porque mi mamá me obligó a poner altavoz y, mientras papá hablaba del país, mamá complementaba: "El planeta, queridos, el planeta". Yo seguía, cómo dijera, "patidifuso". Estaba convencido de que el virus era más bien la insensatez que estaba apoderándose de mis padres. Pero los hechos seguían acumulándose. Mamá prendió el televisor, había noticias del tema por todos lados. No se hablaba de nada distinto. Ya la alcaldesa de la ciudad caminaba de lado a lado y hablaba con la voz de mi mamá "vaticinando tragedias", dando ideas absurdas de cierres y demás, con el agravante de que esa señora sí podía tomar decisiones que cobijaban a muchas personas.

Mamá seguía hablando con sus pacientes, el televisor prendido, la abuela llamaba una y otra vez. Mi papá llamó a mi mamá a preguntarle si nos podíamos quedar con ella, pues la semana que venía no podría tenernos a mi hermana y a mí en el apartamento porque todo iba a ponerse muy peligroso y él, como médico de urgencias, estaba en grave riesgo. Así que cuando mamá me dijo que nos quedaríamos ahí, en la casa de ella, la otra semana, me estremeció darme cuenta de que para mí ya no habría otra semana. No me había imaginado volviendo al colegio, saludando gente. Todo había terminado ya. Lo único que me tranquilizó de la decisión de mi papá es que si nos encerraban sería en mi casa, pues, aunque mi papá había hecho un esfuerzo inmenso por que su casa fuera como esta, no era lo mismo. Así nos tuviera a cada uno

un cuarto con los mismos objetos que hay acá, para mí la casa es esta; la otra es la copia, un lugar al que me llevan para luego volver a esta, mi casa. Cuando digo esto Catalina se pone furiosa conmigo. "Qué injusto eres con papá", me dice, pero yo sé que ella se siente igual, porque acá anda en calzones y brasier por todos lados, mientras que allá se pone una bata que la hace ver como una foca en toalla. Así que la noticia de que el supuesto encierro me había cogido en mi casa me alegró.

Como ya me había despedido de todos en el colegio —bueno, sin decirles nada porque hacía mucho tiempo yo no hablaba con nadie, solo con Lucía—, me alegré montones cuando el sábado se supo que no habría colegio, que la semana siguiente ya no asistiríamos a clases. El encierro era como otra forma de morir, ¿cierto? No vería a nadie más, solo a mi hermana, que andaba furiosa porque no podía salir a ninguna parte, y a mi mamá, que con cada nueva noticia venía hasta mi cuarto, donde yo estaba echado en la cama mirando el techo, "ves, te lo dije, yo no estaba loca". Hasta que llegaron las dos noticias que más me sorprendieron, la abuela había decidido no viajar y, horas después, se supo que los estudiantes de todo el país se quedarían con los crespos hechos. "No había condiciones de seguridad sanitaria", decía el presidente, como si todos fueran a sentarse en inodoros para tomar las pruebas Pre Saber. Quedaba suspendida la prueba hasta que se superara la emergencia. En ese momento supe que la que estaba loca no era solo mi mamá. El mundo se estaba volviendo loco, y si hay algo que me

guste ver es eso: la locura. Así que me di cuenta de que mi querido www.huracan.com debía esperar. La decisión final llegaría, pero acá en este planeta quedaba algo por ver. El delirio colectivo, la locura planetaria estaba ante mis ojos, y yo quería observar.

18